



CURIOSO ROMANCE

DE ALFONSO NUÑEZ.

Relacion de los famosos hechos y gallardas hazañas del Rojo de Ledaña, á quien dieron muerte los soldados de Algarve.

Oid, mancebos valientes,
los que usais de las espadas,
los que campais por el mundo
siempre cargados de charpas,
con trabucos y pistolas,
dando crédito á la fama.
Escuchad, que contar quiero
de un jaque las arrogancias.
de un hombre el mas valeroso
que se ha visto ni se halla.
Preguntarán mis oyentes,
quién és á quien tanto alaban?
Yo responderé diciendo,
sin que me dilate en nada:
es su nombre Alfonso Nuñez,
de la villa de Ledaña,
que á los veinte años que tuvo,
un casamiento le tratan,

y dados ya los asientos
con la mano y la palabra,
pasados algunos dias
que Alfonso entraba en la casa,
dijole la novia un dia
que no le estimaba en nada,
que se fuese, que con él
no queria ser casada.
Alfonso lleno de enojo,
sin mas aguardar á nada,
la muerte le dió sangriento
con tres fieras puñaladas;
y á una prima de la novia,
porque muchos gritos daba,
le hizo pedazos los muslos
con la furia de dos balas.
Desde allí pasó á Bilbao,
y saliendo con dos cargas

de tabaco de manojos,
le salieron quince guardas
al camino, y le dijeron:
detenga presto las cargas,
y entregue al punto la guia;
y con corteses palabras
les dijo Alfonso: en mi vida
supe lo que es alcabala,
ni millones, ni esas cosas;
mas yo les daré una carga,
con que queden satisfechos,
y no hablemos mas palabra.
Los guardas le replicaron:
las dos hemos de llevarlas,
y á vuesamerced con ellas.
Dijo Alfonso: camaradas,
habrán de saber que yo
soy el Rojo de Ledaña;
una carga he prometido,
no puedo faltar á darla,
si no la quieren de grado,
por fuerza habrán de llevarla.
Y disparando el trabuco,
dió cumplimiento á tres guardas,
pues se los dejó tendidos
sin hablar una palabra;
tambien al guarda mayor
rompió el pecho con dos balas.
Los guardas como valientes
al momento le disparan:
se movió tan grande estruendo
de la pólvora y las balas,
que parecia el combate
segunda Troya abrasada.
Los guardas que repararon
que de nueve que quedaban
los cinco están mal heridos,
luego de escaparse tratan.
Huyen al fin y le dejan
por su valor la campaña;
y viéndose Alfonso libre,
despachó en junto las cargas;
se pasó á Jeréz, y allí
sobre hablar con ciertas damas
en la plaza, dos ministros
le echaron dos mil bravatas;
y él, dejándose de cuentos,
dió al uno tres estocadas,
y el otro se escapó huyendo,

que si no tambien llevará.
Y pasando á Gibraltar,
en donde cargó dos cargas
de tabaco del mas fino;
fue á Córdoba, y en la casa
del que era Administrador
se internó, y con arrogancia
hizo tomase el tabaco,
y el dinero le entregára;
pagóselo luego al punto,
aunque no de buena gana.
Fue á Sevilla, y una noche
en la puente de Triana
dió con él toda la Ronda,
que al asistente acompaña.
Quién va á la Justicia, dicen:
y con la voz alterada
les respondió Alfonso Nuñez:
el que no la teme en nada.
El asistente que oyó
la respuesta tan mal dada,
dice: préndanle al instante,
no se detengan, qué aguardan?
Acudieron á prenderlo,
y Alfonso Nuñez dispara
un trabuco, con que dió
muerte á cuatro camaradas,
y al soplo de una pistola
á uno hiere y á otro mata.
Parecia Alfonso Nuñez,
entre aquella garullada,
un leon entre otras fieras
que las hiere y despedaza;
pues con solo su rejon
daba tales puñaladas,
que á un jaqueton, que atrevido
llegó á asirle de la capa,
desde el pecho hasta el ombligo
lo abrió como una granada.
Veinte tiros le tiraron
sin que le ofendan en nada;
diez muertos y quince heridos
en esta funcion se hallan.
Mas viendo Alfonso que acude
muchu gente alborotada,
escapóse como pudo,
y á Málaga la nombrada
se fue, y en su playa un dia
tuvo no sé qué palabras

R. 22 297

con un jaque que allí había,
que de alentado campaba,
á quien de un carabinazo
le dejó el cuerpo sin alma.
Dando á Granada la vuelta,
por ella se paseaba;
y un dia en un bodegon
entró, y reparó que estaban
dos ministros en la mesa
recalcando sus vicarias,
y acabando de comer
de la mesa se levantan,
queriendo tomar la puerta;
mas la dueña de la casa
les pidió el dinero, y uno
le pegó una bofetada;
con que la pobre muger
muy tiernamente lloraba.
Pero el alentado Alfonso
del asiento se levanta,
diciéndoles: caballeros,
que estuviere yo aquí, basta,
para no hacer lo que han hecho,
que es una accion muy villana.
Y un ministro le responde:
váyase muy noramala,
que con él haré lo mismo;
quítese, porque me enfada.
Oyendo aquestas razones,
encendido en viva rabia,
al primero se arrojó
dándole seis puñaladas,
luego se echó sobre el otro,
dándole la muerte braba,
con que los dos se quedaron
tendidos en la estacada.
De allí se salió al momento
para venirse á su patria,
y en los dientes de la Vieja
quiso tener lá posada,
entrándose en una cueva:
cuando allá á la madrugada
sintió ruido y levantóse,
vió que á la cueva llegaban
diez gitanos, y le dicen:
buenos dias, camarada.
Y uno vuelto hácia los otros,
de esta manera les habla:
amigos, cierta es la presa,

pues la tenemos en casa;
si no cojemos dineros,
carne, amigos, ya no falta.
Sagaz Alfonso responde
estas siguientes palabras:
cuatro doblones de á ocho
mis pobres bolsillos guardan,
y en tal que me dejen vivo
los daré de buena gana.
Ellos que oyeron nombrar
el dinero, se abalanzan
al que mas presto podia
entrar á agarrar la chama:
y asi que los vido juntos,
un trabuco les dispara,
con que á cuatro de ellos hizo
que vuelen sin tener alas;
y los otros que esto vieron,
le volvieron las espaldas:
corrian tan bellamente
que galgos no se igualaban.
Volvió Alfonso á su camino,
y aquella misma mañana,
aun no cabal media legua,
oyó una voz lastimada
en medio de un romeral,
que de esta suerte clamaba:
sacra Vírgen del Pilar,
mi princesa y abogada,
no permitais, Madre mia,
que se haga tal infamia
con mis dos queridas hijas
salidas de mis entrañas.
Oyendo aquestos lamentos,
como fiera desatada,
esforzado y animoso
se entró por entre las matas:
vido una muger y un hombre
que maniatados estaban,
y que con dos caravinas
un ladron les amenaza,
vió mas allá dos doncellas
que amargamente lloraban,
á quien otros dos ladrones
por fuerza quieren gozarlas.
En nombre de San Antonio
al primero le dispara
un tiro, con que rindió
sus alientos á la parca.

Los compañeros acuden
para tomar la demanda;
pero al revés les sucede,
que Alfonso tambien los mata.
Y desatando á los dos
que maniatados estaban,
padre, madre y las dos hijas
á sus pies se le postraban,
agradeciendo en estremo
accion tan noble y bizarra.
A los cuatro acompañó
hasta llegar á su casa;
de alli volvió á Gibraltar,
y cargando otras dos cargas
vino á Albacete, y alli
un caballero lo ampara,
que es Don Alonso Espinosa,
de la antigüedad de España.
De esta casa se salió
con valentía sobrada,
se hizo dueño de un salero,
y despachando las cargas
y recuas, sin haber quien
le ponga embarazo en nada.
Pasados algunos dias,
la Justicia ya informada,
lo cercaron con caballos
y soldados que llevaban;
y él viéndose ya perdido,
echa de sí tantas balas,
que hasta los mismos soldados
de ver su valor se pasman;
y viendo que no podian
enfrenar tanta arrogancia,
capitularon con él,
dejándole puerta franca.
Pasó á San Juan de la Luz,
y de tabaco una carga
compró, y se fue á Zaragoza,
y por la ciudad andaba
vendiendo á voces tabaco,
con que asi lo despachaba.
Una noche lo cercaron
de tabaco doce guardas,
y Alfonso cuando los vido,
repasó todas sus armas,
y asi que las tuvo listas,

les tiró tan gran descarga
que muertos quedaron seis
y los otros seis escapan,
al que mas presto podia
meterse en cualquiera casa.
De alli se pasó á Teruel
para pasarse á su patria.
Súpolo el Corregidor,
y á prenderlo se arrestaba;
en fin la casa le cercan;
pero Alfonso que repara
tanto alentado ministro
que en aquel cerco lo aguarda,
les comenzó á repartir
confitura de Vizcaya,
pero en vez de recojerla
huían por no encontrarla:
solamente dos ministros,
que la colacion alcanzan,
se empacharon de tal suerte
que á Dios rindieron sus almas.
Y viniéndose á su tierra,
donde de oculto le aguarda
un valeroso oficial,
que Don Manuel Cantos llaman,
con dos ó tres compañías
del regimiento que llaman
de Algarve, y dándole cuenta
que el dicho Alfonso alli estaba,
puso en órden sus soldados,
y á prenderlo se aplicaba.
Sintiendo Alfonso el rumor
por si es él á quien buscaban,
hácia la iglesia camina;
mas viendo que lo acosaban
disparar quiso el trabuco;
mas fue tanta su desgracia
que la carga no salió;
y entonces toda la escuadra
le dispararon á un tiempo,
dando fin á su jornada.
Envuelto en sangre y en humo
cayó, y con mortales ansias
confesó todas sus culpas,
y la absolucion alcanza.
Y el poeta muy humilde
pide perdon de sus faltas.

FIN.